

HO PERDUTO LA FORMICA*

José Miguel Varas

Entre 1951 y 1952, segunda mitad de su exilio, Pablo Neruda vive un período de largos viajes, de euforia en su creación poética, en su compromiso político y en su vida personal más íntima. Es el momento en que se consolida su relación amorosa con Matilde Urrutia, mientras su compañera Delia del Carril viaja de Europa a Chile para gestionar el regreso del poeta, sobre quien penden órdenes de detención y un proceso judicial.

Después de un tiempo de residencia incierta en París, donde el gobierno pone dificultades para extender su visa, establece su domicilio permanente en Checoslovaquia. Pero es en Italia, rodeado de afecto y de un amplio respaldo político, donde se siente más a sus anchas.

El testimonio personal de Inés Figueroa, que fue amiga personal de Neruda, le permite a José Miguel Varas reconstruir en forma detallada, bajo la forma de una crónica novelada, ese particular período del exilio de Neruda.

JOSÉ MIGUEL VARAS. Periodista y escritor de cuentos y novelas, nació en Santiago el 12 de marzo de 1928. Ejerció como periodista en la revista *Vistazo*, en el diario *El Siglo*, del que fue director entre 1962 y 1965, y en el diario *La Época*. Durante el régimen militar salió al exilio y trabajó durante casi 15 años en los programas de Radio Moscú dirigidos a Chile.

Autor de *Sucede*, novela, 1950; *Porai*, novela, 1963; *Lugares Comunes*, cuentos, 1969; *La Novela de Galvarino y Elena*, 1993; *El Correo de Bagdad*, novela, 1994; *Nerudario*, 1999; *Cuentos Completos*, 2001; *Neruda Clandestino*, 2003.

* He perdido a la Hormiga.

El tren que venía de Milán entró velozmente en la Stazione Termini de Roma. Por encima de las cabezas de la multitud que esperaba en el andén, Inés Figueroa y el pintor Nemesio Antúnez, su esposo, vieron a Pablo Neruda asomado a una ventanilla. La gente se arremolinó, muchos corrieron junto al tren que ya reducía su marcha, hasta detenerse. Se escucharon aplausos y gritos italianos estentóreos: “*Evviva il poeta Neruda*”. Eran los días finales de 1951, año tercero de su exilio.

Al bajar del tren, Neruda fue recibido con abrazos por el pintor Renato Guttuso, el escritor Dario Puccini, uno de sus traductores, el sociólogo Gianni Totti, Paolo Ricci y otros amigos italianos. Luego lo rodearon delegaciones femeninas, sindicales y juveniles y le hicieron entrega de tantos ramos de flores que el poeta ya no los podía sostener en sus brazos y algunos de los presentes tuvieron que hacerse cargo de ellos. Neruda agita una mano en respuesta a los vítores y saludos, se dejaba abrazar, pero no mostraba su amplia sonrisa habitual. Parecía preocupado. Inés y Nemesio escucharon cuando decía a uno de los amigos lo rodeaban:

—*Ho perduto la Formica.*

—*Ma come! Cosa è successo?*

Explicó en su italiano fluido, con acento temucano, que a la Hormiga se le ocurrió bajar en la estación de Milán para hablar por teléfono mientras él se quedaba escribiendo en el compartimento. Cuando el tren se puso en marcha, Delia no había vuelto. Se dio cuenta que la cartera con sus documentos y dinero había quedado sobre la pequeña mesa. Muy nervioso habló con el conductor, pero éste le dijo que no se podía hacer nada hasta llegar a Roma.

Ante la emergencia, los *compagni* de Roma hicieron llamadas telefónicas urgentes a la estación ferroviaria de Milán, a la *Questura* de policía, a los dirigentes milaneses del *Pichí* (PCI, Partido Comunista Italiano) encargando la búsqueda de la desaparecida.

El palazzo de Guttuso

Mientras iba saliendo hacia el automóvil que lo esperaba al lado afuera, Pablo dijo a Inés y Nemesio:

—Vamos a estar alojados en la casa de Guttuso. Los espero mañana a las 10 en punto.

Luego, bajando la voz, le dijo a Inés:

—Esa niña de Chillán... ¿te acuerdas? Matilde Urrutia, que estuvo en Berlín con nosotros, en el Festival... Debe haber llegado a Roma. Quie-

ro que le avises que pasaremos el Año Nuevo en Nápoles, para que se reúna con nosotros.

Le dio la dirección de la pensión donde se alojaba Matilde, en la calle Gian Battista Vico, cerca de la Piazza del Popolo.

La casa de Guttuso era un antiguo *palazzo* situado a la orilla del Tevere, no lejos del Castell Sant'Angelo. Una construcción majestuosa, de varios pisos, en piedra de un color ocre tostado. Muros inmensos, habitaciones que parecían bóvedas, innumerables dormitorios y salones, anchos pasillos donde resonaban los pasos sobre los pisos de mármol.

La Hormiga llegó agotada horas más tarde. En Milán se había equivocado de vía y de tren y había partido hacia el norte. Se dio cuenta de su error cuando el tren ya estaba en marcha, porque no pudo encontrar a Pablo. Se bajó en una estación desconocida, sin dinero ni papeles. Pero algo había en su personalidad, en la limpidez de sus grandes ojos color violeta ("ojos boquiabiertos", escribió Miguel Hernández), una sensación de inocencia y severa integridad, que le abría las puertas. Le permitieron usar el teléfono y logró comunicarse con Guttuso en Roma.

—*Ma, dove sei, Formica?*

Explicó lo sucedido. Habló con Pablo. Hubo prontas comunicaciones e instrucciones al jefe de estación (también miembro del *Pichí*, naturalmente) y una hora después tomaba un tren hacia Roma, muy recomendada al personal. Una delegación la esperaba en Milán. Una joven bailarina, que formaba parte del grupo, se embarcó con ella y viajó a su lado hasta su destino final. Llegó exhausta pero muy conmovida por la solidaridad de los compañeros italianos.

Inés y Nemesio se presentaron al día siguiente a las diez en punto. Pablo y Delia los recibieron en sus aposentos, un dormitorio principesco con un salón y una sala-vestidor anexa, con balcones sobre el río. Imperaba el desorden: la cama deshecha, un zapato acá otro más allá, paquetes y ropa sobre las sillas, maletas en medio de la habitación. Pablo y Delia estaban en bata. Entraba y salía gente. Por ejemplo, la bella esposa de Guttuso, muy admirada por Neruda, quien la llamaba *principessa*, un sirviente que venía a retirar tazas y platos del desayuno, un amigo italiano que pasaba a saludar y se engolfaba en una larga chachara, un periodista de *L'Unità*, además sonaba todo el tiempo el teléfono. Era el estilo y el ritmo de la pareja, que durante sus viajes acostumbraban darse prolongados baños de tina y demoraban horas en vestirse. A veces Pablo se hacía llevar el desayuno al baño y lo tomaba sobre una tabla flotante.

La Hormiga, mimada y rodeada de servidores desde la cuna, que la ayudaban incluso a vestirse, tenía grandes dificultades con los botones,

muy numerosos en sus tenidas. Descubrió tardíamente el cierrecler (como se dice en Chile) y le pareció una invención maravillosa. Para Inés y Nemesio era un milagro que lograran llegar a tiempo a alguna parte y que hubieran hecho tantos y tan largos viajes durante aquel año 1951.

El exiliado dichoso

Neruda llegó a París con la Hormiga hacia fines de 1949, desde México. Estuvo viviendo en una casa prestada por amigos franceses, en pleno centro de la ciudad: quai de Béthune, isla San Luis. Allí donde se bifurca el Sena, al lado de Notre Dame.

Sin duda habrían querido permanecer indefinidamente en París, donde se sentían bien, estaban rodeados de muchos amigos y de un ambiente infinitamente grato para ambos. Delia había estado en París muchas veces. También había estudiado allí en años diversos durante su infancia y su adolescencia. Además había tenido clases de canto y en los años 40 había aprendido grabado en el estudio de Man Ray.

Pero las cosas se complicaron. Comenzaron las dificultades con la visa. Las autoridades francesas de inmigración presionaban a Neruda para que abandonara el país y las gestiones para obtener una prórroga de su permanencia no daban resultado. Eran aquellos, los años del anticomunismo rampante y el poeta chileno aparecía con un nimbo de dirigente y agitador internacional que motivaba ataques en la prensa de orden y que no resultaba grato al gobierno francés. Por otra parte, el gobierno de González Videla hacía sentir su protesta por los canales diplomáticos: ¿cómo era posible que se recibiera y se le diera tribuna a un connotado enemigo de Chile, que además era prófugo de la justicia? Es muy posible que el mensaje de González tuviera el peso adicional, mucho más decisivo, de sus padrinos de Washington.

Se vieron obligados a trasladarse a Checoslovaquia, donde Pablo estableció su domicilio oficial. Lo alojaron en el encantador palacio de Dobris, a cierta distancia de Praga, donde nada le faltaba, podía pasear por jardines de rosas, escribir y leer la prensa internacional, pero estaba lejos de la gente que le interesaba. No se sentía feliz.

Vino entonces el descubrimiento de Italia. Allí el poeta y Delia fueron realmente felices. Era el tiempo de la guerra fría y del extraordinario auge del Partido Comunista Italiano. Neruda llegaba con un prestigio de poeta combatiente, defensor de su pueblo y de la paz. Pronto se sintió absolutamente dichoso. Lo recibían como a un hermano, casi como un

dios. Todos o casi todos los alcaldes de las ciudades italianas eran comunistas, le organizaban grandes mitines con flores y banderas, reuniones de intelectuales, asambleas sindicales.

En medio de todo, se desarrollaba su amor clandestino con Matilde, que había comenzado en México en 1949. Un amor cada vez más absorbente y exigente.

En las primeras semanas de enero de 1951 dio recitales de sus poemas en Florencia, Turín, Génova, Roma y Milán. Además hacía discursos políticos, hablaba del “traidor de Chile”, de la represión anticomunista desatada en Chile, de la amenaza de guerra atómica. Un periodista italiano lo llamó “poeta *agitprop*” (“agitación y propaganda”, una sigla soviética).

Neruda veía en la política italiana una simetría con la política chilena. En Italia como en Chile había entrado en crisis el gobierno con participación comunista. Otro tanto había sucedido en Francia. La voz de orden del anticomunismo, que venía desde Washington, imperaba en todo el mundo occidental. Se acentuaba la polarización, era la guerra fría y el peligro de la guerra caliente, y nuclear por añadidura. Para el poeta, el democratacristiano De Gasperi resultaba equivalente al radical González Videla.

Apareció en esos días la edición italiana del poema “Que Despierte el Leñador”, alegato elocuente contra la guerra, que contiene en su parte inicial una especie de canto de amor a Estados Unidos, sorprendente para algunos:

*paz para el pequeño museo de Wyoming
en donde lo más dulce
es una almohada con un corazón bordado*¹.

El poema contiene además, por cierto, un agudo enjuiciamiento de la política del gobierno norteamericano y otro canto de amor, pero a la Unión Soviética, tan whitmaniano como el dedicado a Estados Unidos. De paso, el saludo ritual al señor del bigote:

*En tres habitaciones del viejo Kremlin
vive un hombre llamado José Stalin.
Tarde se apaga la luz de su cuarto*².

1951 fue un año de grandes viajes: Moscú, Praga, Berlín. En la dividida capital alemana, en gran parte todavía en ruinas, Delia y Pablo

¹ Neruda, Pablo: “Que Despierte el Leñador” [1950], I volumen.

² Ibídem.

asistieron al Festival Mundial de la Juventud. Se encontraron allí con una delegación chilena de la que formaban parte los dirigentes de la Federación de Estudiantes, José Tohá, Luis Dodds y Fernando Ortiz; Julio Silva Solar, el dirigente obrero Luis Figueroa, el pintor José Venturelli y su esposa Delia Baraona.

Neruda conoció al poeta turco Nazim Hikmet, recién salido de la prisión, estuvo con el cubano Nicolás Guillén. Matilde Urrutia había sido invitada al festival a instancias suyas. La dejó incorporada al grupo de amigos cercanos con quienes mantenía permanente contacto. Ya no volvió a separarse de ella más que por breves períodos, aunque la relación se mantuvo subterránea.

El séquito nerudiano y los demás chilenos se veían todo el día y todos los días. Todo era alegría y amistad indestructible, como solía decirse en los discursos oficiales, una especie de emoción política compartida, la sensación de que el mundo avanzaba a todo vapor hacia el socialismo a pesar de los peligros.

También apareció en Berlín una joven arquitecta chilena, Yolanda Schwartz, quien había llegado primero a Grecia y luego a París “con lo puesto” (alpargatas, una falda y una blusa) huyendo de Israel, debido a un conflicto familiar y político. Había viajado a la tierra prometida arrastrada por el entusiasmo de los jóvenes sionistas de Chile. Desde París, donde tenía la nerudiana misión de administrar los fondos nada despreciables del Premio Mundial de la Paz, Inés Figueroa informó a Pablo de la angustiada situación de la joven y le pidió permiso para prestarle ayuda económica.

—Pero ni me lo preguntes —respondió Neruda—, le darás todo lo que necesite.

En el festival, Yolanda hizo sensación desfilando por la pista de un estadio repleto de público con una gran bandera tricolor, a la cabeza de la delegación chilena.

Desde Berlín viajaron en automóvil a Hungría. Iban, además del chofer, Neruda, la Hormiga, Matilde y Nicolás Guillén. El cubano desplegó su galantería fina y envolvente hacia la “niña de Chillán”, que se limitaba a lucir su gran sonrisa con cierta coquetería enigmática. El episodio dio origen a una enemistad duradera entre los dos poetas, que se tradujo más tarde en roces y expresiones de rivalidad y que seguramente tuvo que ver con el resonante choque político de los años 60 entre los escritores cubanos y el chileno.

Desde Moscú Pablo y Delia viajaron en el famoso tren transiberiano hasta la República Popular de Mongolia. Luego a Pekín, donde Neruda hizo entrega de la medalla y el premio internacional de la paz a Sung Sing Ling, la viuda de Sun Yat Sen, el fundador de la primera República China.

Meses más tarde, hacia fines de diciembre, Inés y Nemesio recibieron en París la invitación de Pablo:

—¿Por qué no se vienen a pasar el Año Nuevo con nosotros a Roma?

Neruda intentaba en todas las ocasiones rodearse de sus amigos. Se “anexaba” a la gente que conocía y gradualmente se le hizo habitual viajar con un séquito de incondicionales, en el que no llamaba mucho la atención que estuviese incorporada “esa niña de Chillán”. Este espíritu gregario, su necesidad de compañía, era muy propio de su carácter. Se diría que después del aislamiento forzado de sus años en el Asia, se empeñaba siempre en evitar la soledad, aunque algunos, como Volodia Teitelboim, atribuyen este rasgo a factores casi genéticos y a la tradición de hospitalidad y puertas abiertas de las tierras de La Frontera. Lo sorprendente es que aquellos amigos, de variadas creencias políticas y condición social, estaban siempre dispuestos a abandonar ocupaciones y compromisos para correr a reunirse con él. Es que el poeta creaba una especie de clima de festival permanente, de encantamiento poético e hipnótico, corrosivo de las obligaciones prosaicas, y arrastraba hasta a los menos imaginativos. Producía la sensación de que junto a él siempre estaba sucediendo algo único, trascendental para la vida de cada cual, algo que no se podía dejar pasar. Y todo el tiempo, él no dejaba de trabajar en lo suyo, siempre por las mañanas. Era perfectamente capaz de escribir durante un viaje en auto; y en tren, no se diga.

En el larguísimo viaje de regreso, de Vladivostok a Moscú en el ferrocarril transiberiano, escribió “de una hebra” un largo poema, “Cuando de Chile”, cargado de nostalgia y romanticismo revolucionario, tal vez el más logrado de los que dedicó al tema del exilio. Le regaló a Inés Figueroa el texto original del poema. Lo escribió con tinta verde en una pequeña libreta china de color rojo. Casi no tiene correcciones.

El poema todavía emociona. No sé si es una emoción, digamos, arqueológica, autobiográfica o poética. O política. Su título, tomado del baile llamado “El Cuando”, que se practicaba en los saraos de la Independencia, se repite como estribillo a lo largo de las estrofas:

*Oh Chile, largo pétalo
de mar y vino y nieve
ay cuándo
ay cuándo y cuándo
ay cuándo
me encontraré contigo,
enrollarás tu cinta*

*de espuma negra y blanca en mi cintura,
desencadenaré mi poesía
sobre tu territorio*³.

Paréntesis santiaguino

Alguien trajo por mano a Santiago una copia del “Cuando de Chile”. Julio Alegría, ex dirigente gremial de los funcionarios de correos y telégrafos, en aquel tiempo secretario político del comité local del Partido Comunista de la 1ª comuna de Santiago, citó a este cronista a su casa de la calle Dardignac para encargarle una misión de honor: se trataba de hacer una edición del poema del compañero Neruda impresa en dos mil ejemplares, para su distribución y venta a través de algunas librerías y del aparato partidario. Debía buscar una imprenta adecuada, pedir un presupuesto y ver todos los detalles del asunto.

Se recordará que el Partido Comunista estaba fuera de la ley desde 1948, pero hacia 1951, el gobierno de González Videla estaba en sus postrimerías, notoriamente debilitado, y la ilegalidad se rompía con frecuencia. Por otra parte, se trataba en este caso de una edición legal. El poema tenía, sin duda, una fuerte carga política pero carecía de los vituperios del *Canto General* o de los vitriólicos poemas de la “Resistencia”, del año 1948.

La ignorancia del susodicho en materias gráficas era casi total. Aconsejado por Joaquín Gutiérrez acudió a la Imprenta Smirnow, en la segunda cuadra de la calle San Diego. Habló con su propietario, quien lo recibió con cierta cordialidad, aunque era evidente su reserva (desde la izquierda) hacia los comunistas. Un par de días después entregó el presupuesto y una maqueta del proyectado libro, que tendría formato 16 y una portada con letras negras y rojas.

Todo fue entregado a Julio Alegría y él le dijo que se iba a tomar una decisión en los próximos días. Inesperadamente lo llamó esa misma tarde y le comunicó que debía ir a hablar con Américo Zorrilla a la imprenta de la editorial Universitaria, que en aquel tiempo estaba en la hoy desaparecida calle Ricardo Santa Cruz 747, una calle pequeña de una sola cuadra que fue absorbida por la remodelación de Santa Isabel. Otro vecino connotado de la misma calle y cuadra era el dirigente gremial Clotario Blest, más tarde presidente de la CUT.

Don Américo me recibió en su pequeña oficina de regente de la imprenta, en un rincón del enorme galpón con piso de cemento donde se

³ Neruda, Pablo: “Cuando de Chile”, *Obras Completas*, I volumen, 1999.

afanaban las máquinas negras en medio de un penetrante olor a tinta y aceite industrial.

—Siéntese, compañero —me dijo con su habitual tono seco—. Estuve viendo el presupuesto y el proyecto que Ud. trajo para la edición del poema de Pablo.

—Eh, sí. Es de la imprenta Smirnow —respondí con cierto balbuceo, provocado por la severa presencia de Zorrilla, que siempre parecía estar pidiendo cuentas y a quien yo miraba hacia arriba, aunque su estatura no sobrepasaba el metro 60.

—Sí —dijo—, ya lo sé. Esto no sirve para nada —tiró a un lado mis papeles con gesto despectivo.

—Bueno, ya. ¿Eso sería todo?

Me miró muy seriamente y de pronto estalló en una gran carcajada. Se reía en A, con la boca muy abierta. —Sí, compañero —dijo en tono más amable—. Gracias, pero el poema lo vamos a diagramar y lo vamos a imprimir aquí. Es que hace falta otra cosa, más presentable, ¿me entiende?

—Sí, claro —cabeza gacha.

—De todas maneras, queremos que Ud. se encargue de la distribución y otras cosas. Eso véalo con Julio.

Me extendió su pequeña mano.

La edición del *Cuando de Chile* me parece hoy (la veo en el Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile, donde se conserva la biblioteca donada por Neruda en 1955) una joya bibliográfica. Su formato es de 36 x 26,5 centímetros. La portada, hoy amarillenta, ha perdido el delicado color celeste que tenía la edición original (si la memoria no me engaña). El sello editorial es Austral. A manera de pórtico, trae en la contraportada una nostálgica xilografía de Julio Escámez, titulada “El río”, que muestra en primer plano a un hombre que nada en las aguas del Bío Bío y, en segundo plano, a unos balseros que manejan troncos con largas pértigas. Hay viñetas de Carlos Ruiz. La diagramación es de Galvarino Rodríguez. Las letras de la portada fueron dibujadas por Eduardo Pérez Izarzugaza. La elegante tipografía es, probablemente, Bodoni. La edición le encantó a Neruda cuando la tuvo en sus manos a su regreso del exilio.

Se cierra el paréntesis.

Un relato en un tren

En Roma los planes cambiaron. Debidamente informado por sus amigos italianos, sobre todo por el meridional Guttuso e invitado a su casa por el napolitano Paolo Ricci, Neruda decretó que la ciudad adecuada para pasar el Año Nuevo no era Roma sino Nápoles.

En el compartimento del tren que los llevaba hacia el sur, se apretujaban los viajeros: Delia, Pablo, Nemesio e Inés, Matilde, Paolo Ricci, que iba a ser el anfitrión de los Neruda en Nápoles, el pintor manco Zigaina, de Udine, otros más que los archivos no registran. El ánimo del grupo era alegre, bebían café o grappa, se reían, discutían de política, contaban historias, entraban y salían a fumar al pasillo.

Cuando hablaba Neruda, todos celebraban sus ocurrencias. De pronto, inesperadamente, el poeta adoptó otro tono. No se sabe si por efecto del paisaje, del traqueteo nostálgico del tren, de la súbita sensación de encontrarse tan lejos de Chile, comenzó a hacer recuerdos de su infancia. Hablaba monótonamente, con los ojos semicerrados, como vueltos hacia una pantalla interior donde se sucedían antiguas imágenes. Era como un conjuro. Todos escuchaban y miraban al poeta en absoluto silencio.

Era una historia de pájaros. Contó que, cuando niño, en el lago Budi, cerca de Puerto Saavedra, había hombres que perseguían ferozmente a los cisnes. Los alcanzaban y a garrotazos terminaban con ellos. Un día, contó, alguien le trajo un cisne medio muerto, “una de esas maravillosas aves que no he vuelto a ver en el mundo, el cisne de cuello negro. Una nave de nieve con el esbelto cuello como metido en una estrecha media de seda negra”⁴.

Pablo lavó sus heridas y trató de alimentarlo empujándole trozos de pan y de pescado que el pájaro devolvía. Sin embargo, poco a poco fue recuperándose de sus lastimaduras. Durante veinte días el niño llevó al cisne, casi tan grande como él, hasta el río, donde nadaba un poco. Luego lo traía de regreso a su casa.

Una tarde lo notó más triste, más ensimismado que nunca. Nadó cerca del niño pero no se distrajo con sus esfuerzos por enseñarle de nuevo a pescar. Al final, Pablo lo tomó de nuevo en brazos para llevarlo de regreso a la casa. “Entonces, cuando lo tenía a la altura de mi pecho, sentí que se desenrollaba una cinta, algo como un brazo negro me rozaba la cara. Era un largo y ondulante cuello que caía”.

Neruda calló. En el compartimento se había producido un clima de extrema emoción. El pintor Zigaina estalló en sollozos. Inés vio lágrimas en los ojos de casi todos.

Mucho después Inés Figueroa leyó en *Confieso que He Vivido*, el mismo relato. Sintió que no era exactamente el mismo. Tal vez porque lo conoció en circunstancias que no se podían repetir o porque el poeta transmitía directa, sonora y corporalmente su propia emoción, el texto literario

⁴ Neruda, Pablo: *Memorias. Confieso que He Vivido*, en *Obras Completas*, V volumen, 2002.

no le produjo el mismo efecto que el relato verbal escuchado en el tren durante el memorable viaje a Nápoles.

Aquellos pocos días de convivencia diaria le permitieron conversar largamente con Neruda, quien parecía hallarse en un estado de ánimo de especial sensibilidad, entre excitado por todo cuanto le sucedía y lo rodeaba, empapado de su pasión por Matilde y, a la vez, lleno de nostalgia de Chile. Una mañana le contó una curiosa experiencia.

Acababa de publicar *Los 20 Poemas* cuando un día se encontró, tal vez en la Librería Nascimento, con un escritor mucho mayor, de quien se sabía que era rico, tal vez el único acaudalado en la multitud de poetas famélicos de Santiago. (¿Tal vez Pedro Prado?). Este le manifestó que su libro era magnífico y lo invitó a almorzar al Club de la Unión, para conversar sin apuro.

Neruda contó así la historia:

“Yo entré inseguro en aquella majestuosa catedral de la clase dominante, donde jamás había imaginado poner mis pies. Nos sentamos a una mesa de mantel blanquísimo, en un comedor alto y enorme, como una caverna. Acudió un mozo lleno de altivez. Mi anfitrión, con amabilidad, me dijo:

—¿Desea servirse un aperitivo? Pida lo que quiera.

Yo tenía 20 años. Venía del mundo estudiantil y de la más mísera de las bohemias literarias. Mi conocimiento de los usos y las bebidas se limitaba al vino, a la chicha, a la cerveza, y a una mezcla del gusto de los jóvenes de aquel tiempo, llamada ‘La convidada’. Consistía en cerveza con Bilz. El mozo me preguntó:

—¿Qué se va a servir el señor?

Respondí: —Tráigame una ‘convidada’.

El tipo se mantuvo impasible, aunque sentí en sus palabras un inmenso desprecio:

—Eso... aquí no se sirve, señor.

Sentí como una lanza que se me hundía en el corazón. Mi humillación fue tan extrema que aun hoy, al recordarlo, me arden las orejas. Mi amable colega pidió alguna vaina al jerez o algo así y pasó por alto el incidente. Me hizo preguntas sobre mis comienzos, sobre mis estudios, sobre mis lecturas. Al comienzo, le contesté penosamente, casi en monosílabos, pero poco a poco fui entrando en confianza y llegamos a desarrollar una conversación casi normal. Me sentí acogido y estimulado por la sabiduría y la bondad de aquel escritor mayor, mi ‘colega’, como se empeñaba en decir.

Unos años más tarde, estando yo de cónsul de Chile en Colombo, fui invitado a una fastuosa recepción, que ofrecía el gobernador, a la pareja real británica. Jorge V y la reina Mary llegaban con su corte a visitar su colonia de Ceilán. La fiesta, de rigurosa etiqueta, se desenvolvía en un inmenso parque con jardines y verdes prados ingleses que descendían dulcemente hacia el mar. Había mesas largas, con albos manteles, cubiertas de manjares.

Todo transcurría de pie en un clima delicioso como un baño tibio. Allí estuve yo, consciente de mi inferioridad, sonriendo de vez en cuando como un tonto, alto, oscuro y nada de *handsome*, junto a cónsules de otros países y funcionarios locales, a cierta distancia de los embajadores disfrazados de aves del paraíso y de mujeres espléndidas e inalcanzables. A la distancia estaban el rey y la reina, entre uniformes y fracs.

Servidores morenos y esbeltos, vestidos de rojo y con turbantes dorados, circulaban bandejas con copas de champagne. De pronto se acercó al grupo una dama altísima, rutilante de joyas, de silueta elegante y rostro más bien apergaminado.

Alguien dijo a mi lado: Es la gobernadora, lady Mountbatten... o algo así. Me miró, sonrió y dijo: —Pero usted no bebe nada, señor. Permítame que le sirva.

Se acercó a la mesa más cercana en cuyo centro había una monumental ponchera de plata y cristal, que lucía el escudo real con *Honni soit qui mal y pense* y todo. Tomó una copa de las muchas que esperaban y con un cucharón sacó líquido de aquella ponchera y lo vertió en la copa, diciendo con una sonrisa luminosa una frase en la que sólo distinguí la palabra *punch*.

Sonreí a mi vez, me llevé la copa a los labios, bebí y quedé estupefacto. Aquello era una mezcla de cerveza y algo más. Era ni más ni menos, la famosa convidada de mis años de estudiante pobre.”

Año nuevo en Nápoles

A continuación reproduzco lo que en otra parte he escrito sobre aquella noche del Año Nuevo 1951-1952, en Nápoles:

“La noche de Año Nuevo era (¿es?) la noche en que los napolitanos tiran la casa por la ventana. Al sonar la medianoche comienzan a lanzar por los balcones todo lo que les sobra, y a veces lo que no les sobra también. Vuelan por los aires y caen con estrépito sobre el empedrado, muebles,

pianos, gramófonos, libros, cuadros, sillas, platos, ollas abolladas. El grupo de Pablo, que incluía a la Hormiga, Nemesio e Inés, italianos varios y, por cierto, Matilde, se trasladó a una villa construida sobre una colina por un rey de Saboya para su amante. Desde una gran terraza embaldosada se dominaba el famoso paisaje, después de ver el cual se puede morir tranquilo: la gran bahía de Nápoles con el volcán Vesubio. Allí recibieron las doce y después de los abrazos, escucharon bebiendo champagne el alboroto de sirenas y bocinas y fuegos artificiales, y el estruendo de todo lo que lanzaban a las calles los habitantes de la ciudad.

Luego bajaron muy alegres por calles poco iluminadas, pisando vidrios, fragmentos de jarrones y vajilla, tropezando con sillones cojos, lámparas de lágrimas destrozadas y relojes de pared despanzurrados.

Finalmente se instalaron en una antigua *trattoria*, entre los muros de ladrillo de un subterráneo abovedado, a charlar y a beber los últimos tragos. Los amigos italianos se fueron despidiendo gradualmente y por último sólo quedaron en torno a la mesa, cubierta por un mantel a cuadros rojos, Delia y Pablo, Inés y Nemesio, y Matilde, que lucía un collar de fantasía y unos clips de plástico adornados con estrellitas.

Pablo empezó a ponerse cargoso. Le comunicó a Matilde que no le gustaban sus aros, los encontraba cursis.

—A mí me gustan —replicó ella sin alterarse.

—A mí no —dijo Pablo—, sáqueselos. No le vienen.

Inés y Nemesio asistían con cierta sorpresa al diálogo, que tenía por parte de Pablo, una pesada insistencia, acentuada tal vez por el alcohol consumido. La Hormiga sacudía la cabeza:

—Pero Pablo, no insista. ¡Cómo se le ocurre que va a sacarse los aros porque a usted no le gustan!

Y dirigiéndose a Matilde trataba de disculparlo como si fuera un niño malcriado. Entonces, repentinamente, Pablo estiró una mano y le sacó los clips a Matilde. La Hormiga quedó estupefacta:

—¡Pablo! Eso no se hace. ¡Pero qué mal educado!

—Caramba, si no me gustan esos aros —replicó Neruda en tono infantil.

Delia se dirigió a Inés y Nemesio:

—¿Pero se dan cuenta? ¡Cómo es posible que se los haya sacado! Pablo está descontrolado. Se está portando pésimo con esta niña.

Matilde sonreía.

La velada llegó a su término al amanecer. Caminaron de regreso a la villa del rey de Saboya.

Nemesio comentó:

—Algo pasa entre Pablo y esa niña de Chillán...

—¿Tú crees? —preguntó Inés, aunque también había comenzado a sospechar.

—No me cabe duda. Eso de los aros..."⁵

Sólo años más tarde, se supo que, antes de emprender el viaje de Ginebra a Roma junto con la Hormiga, Neruda había tenido un encuentro secreto con Matilde, en la pequeña localidad suiza de Nyon. Aquellos días de pasión consolidaron de manera definitiva la relación entre ambos.

De Nápoles, los Neruda viajaron a Roma el 6 de enero de 1952. Probablemente, fue entonces cuando Delia emprendió viaje a Chile, con la misión de averiguar exactamente la situación del proceso incoado contra Pablo, desarrollar gestiones para obtener la anulación de las órdenes de detención y preparar su retorno. El Partido le había pedido a Neruda que intentara estar de regreso en Chile antes del término del período presidencial de González Videla. Las próximas elecciones debían efectuarse en septiembre de 1952.

Alejada la Hormiga, quedaba el campo libre para los amores de Pablo y Matilde. Entonces, como ahora, el pelambre circula con una velocidad electrónica. Pronto se supo en Santiago "la actitud de Pablo". El poeta fue muy criticado por sus enemigos y también por buena parte de sus amigos, que se escindieron y tomaron partido por una u otra de las damas.

La batalla de Roma

El 8 de enero, Neruda viajó a Nápoles de nuevo y se instaló con Matilde en la pensión Maurice.

El 11 de enero, el ministerio del Interior ordenó su expulsión. (En sus memorias, Neruda escribió que aquel era el resultado de una directa gestión del gobierno chileno). Ignazio Delogu escribió: *La polizia lo preleva nella Pensione Maurice, lo accompagna in Questura e tra un caffè e un interrogatorio gli comunica la orden de espulsione.*

El mismo día partió en tren desde Nápoles, acompañado de agentes de *Pubblica Sicurezza*, con destino al paso de Domodossola (frontera con Suiza). Al llegar a la Stazione Termini de Roma, una multitud de ciudadanos, intelectuales y artistas protestó airadamente al grito de *Neruda deve restare! L'austriaco [De Gasperi] se ne deve andare!* y desbordó a la policía. Finalmente, se autorizó a Neruda a permanecer en Italia. En los

⁵ Varas, José Miguel: *Nerudario*, 1999.

días posteriores, el escándalo desatado en la prensa y las intervenciones del escritor Carlo Levi ante el presidente Luigi Einaudi y de los senadores Umberto Terracini y Pietro Nenni (líder del Partido Socialista) ante el gobierno, determinaron que se otorgara al poeta una permanencia de tres meses en Italia, con posibilidad de renovación⁶.

Al día siguiente de la *battaglia di Roma*, el poeta amaneció en casa de un senador, donde lo había llevado Guttuso, que no se fiaba de la palabra del gobierno. Estando allí le llegó un telegrama del historiador Erwin Cerio, en respuesta a una carta que le enviara Paolo Ricci. Se manifestaba indignado por el ultraje a Neruda y concluía ofreciéndole una villa, la *Casetta di Arturo*, en la calle Tragara de Capri.

En sus memorias *Confieso que He Vivido* Neruda relató así su llegada, con Matilde, a la casa de Capri y retrató a su dueño:

“Llegamos de noche y en invierno a la isla maravillosa. En la sombra se alzaba la costa, blanquecina y altísima, desconocida y callada. Qué pasaría? Qué nos pasaría? Un cochecito de caballos nos esperaba. Subió y subió el cochecito por las desiertas calles nocturnas. Casas blancas y mudas, callejones estrechos y verticales. Por fin se detuvo. El cochero depositó nuestras valijas en aquella casa, también blanca y al parecer vacía.

Al entrar vimos arder el fuego de la gran chimenea. A luz de los candelabros encendidos había un hombre alto, de pelo, barba y traje blancos. Era don Erwin Cerio, propietario de medio Capri, historiador y naturalista. En la penumbra se alzaba como la imagen del taita Dios de los cuentos infantiles. Tenía casi noventa años y era el hombre más ilustre de la isla:

—Disponga usted de esta casa. Aquí estará tranquilo”⁷.

No cuenta Neruda en sus memorias la continuación del diálogo, que hemos conocido por otra fuente (verbal):

Con un embarazo chileno y provinciano, vacilante, Pablo se sintió obligado a decirle a su majestuoso anfitrión:

—Creo que usted debe saber que Matilde, que me acompaña... no es mi esposa...

Cerio lo miró con auténtica sorpresa. Luego sonrió y le dijo:

—Tanto mejor. Los matrimonios se pasan peleando.

Los días de Capri fueron para Matilde y Pablo una auténtica luna de miel. Pero no por eso interrumpió el poeta su severa disciplina de trabajo.

⁶ Delogu, Ignazio: “Introduzione” a Pablo Neruda, *Poesie e Scritti in Italia*, 1981.

⁷ Neruda, Pablo: *Memorias. Confieso que He Vivido*, en *Obras Completas*, V volumen, 2002.

Escribió en aquel entonces poemas sobre variados asuntos y la mayor parte de *Los Versos del Capitán*, probablemente una de las más altas cumbres de su poesía erótica, si bien el arrebato amoroso centrado en la intimidad de la pareja aparece en contrapunto con el severo compromiso del “capitán” con los combates de su pueblo.

*De tus caderas a tus pies
quiero hacer un largo viaje.*

Soy más pequeño que un insecto.

*Voy por estas colinas,
son de color de avena,
tienen delgadas huellas
que sólo yo conozco,
centímetros quemados,
pálidas perspectivas.*

*Aquí hay una montaña.
No saldré nunca de ella.
Oh qué musgo gigante!
Y un cráter, una rosa
de fuego humedecido!⁸*

En otro momento el tono cambia:

*No querías saber dónde andabas,
eras la compañera de baile,
no tenías partido ni patria.*

*Y ahora a mi lado caminando
ves que conmigo va la vida
y que detrás está la muerte.*

*Ya no puedes volver a bailar
con tu traje de seda en la sala.*

*Te vas a romper los zapatos,
pero vas a crecer en la marcha.*

⁸ Neruda, Pablo: *Versos del Capitán*, en *Obras Completas*, I volumen, 1999.

*Tienes que andar sobre las espinas
dejando gotitas de sangre.*

Bésame de nuevo, querida.

Limpia ese fusil, camarada⁹.

De aquellos mismos días data su sarcástico y duro poema “Los Dioses Harapientos”, publicado más tarde en el libro *Las Uvas y el Viento*, como parte del capítulo dedicado a Italia, titulado “La Patria del Racimo”. Describe allí una caravana que avanza por tierra, a la par con la flota norteamericana que avanza por el mar:

*En trenes, en camiones
se dirige un prostíbulo
al nuevo puerto en que los barcos grises
van a defender la cultura.
Ay, qué dificultades!
Faltan hoteles donde
situar a las muchachas
de manera estratégica en el puerto!
Ah pero para eso
todo el gobierno se ha movilizado.*

*Corre el señor de Gasperi vestido
con su chaqué más tétrico
y el ministro de la policía
barre los dormitorios
para que todo
se desarrolle
con eficacia extrema¹⁰.*

Después de cien años

Separada de Neruda, Delia del Carril volvió a vivir en su antigua casa de la calle Lynch 262, donde se dedicó con su acostumbrada tenacidad y sus energías formidables a hacer sus grabados gigantes de caballos. En los años 70, sufrió un accidente doméstico, una caída, que le produjo

⁹ *Ibidem.*

¹⁰ Neruda, Pablo: *Las Uvas y el Viento*, en *Obras Completas*, I volumen, 1999.

una fractura de la pelvis. Tenía entonces unos 87 años de edad. Neruda se mostró preocupado cuando Inés Figueroa le contó lo sucedido. Ella agregó:

—La van a operar. Es una operación muy delicada, de muchas horas, no se sabe si estará en condiciones de resistirla.

—No te preocupes —dijo Pablo— Delia nos va a enterrar a todos. Las Del Carril son in-mor-ta-les.

En efecto, la Hormiga enterró a Neruda y a todos los parientes, amigos y conocidos de su generación y de las dos siguientes. Murió en 1994, dos meses antes de cumplir 105 años de vida. (Había nacido el 27 de septiembre de 1884). Se mantuvo lúcida y activa, dibujando, trabajando en sus obras, recibiendo a sus amigos, interesada en la actualidad política, hasta sus 102 años. Después, una hemiplejía la dejó sin voz y con otras graves limitaciones.

Poco antes o poco después de que cumpliera 100 años, Inés Figueroa fue a visitarla. Conversaron mucho, sobre todo de cosas del pasado, que ella sabía evocar con precisión y con gracia. Inés llevó la conversación al tema de los amores de Pablo con Matilde.

—Pero dime, ¿nunca te diste cuenta de nada? ¿Nunca te diste cuenta de la relación de Pablo con Matilde?

—No.

—Pero, ¿no tuviste alguna sospecha de algo?

—No, nunca.

Y luego, con su santa ingenuidad, agregó:

—Mira, querida, así como las mujeres tienen la menopausia y tienen... menos... deseo, también les pasa a los hombres. Porque existe la menopausia de los hombres. Es algo muy sabido.

—¿Tú crees eso, Hormiga? Me parece bien relativo.

—Pero no, querida. Tienes que entender: ese alejamiento de la sexualidad es muy hermoso para el matrimonio. Porque, verás, ya la pareja no se sitúa solamente en ese terreno de las relaciones sexuales.

—Dime, Hormiguita, ¿tú tenías relaciones con Pablo en los últimos tiempos?

—No, pero yo creía que eso era normal. Yo pensé que Pablito ya no estaba interesado en el sexo.

Inés no insistió. Pero, de algún modo, el tema despertó otros recuerdos. Delia se puso a hablar de su primer matrimonio, con Adán Biehl, un joven argentino de familia muy rica. Aquello duró pocos años y terminó desastrosamente.

—Yo era una chiquilina.

No tanto, observa Inés. Tenía 32 años. Adán, una edad similar. Pero, al parecer, desde la perspectiva de sus 100 años, ella veía a la Delia de entonces como una chiquilina. Tanto ella como Adán habían vivido en ambientes de gran privilegio, alejados de los problemas reales de la gente; habían concurrido a colegios europeos, habían vivido en diferentes etapas en París y Londres. Desde muy niños, estaban siempre rodeados de criados y de múltiples atenciones. Eran de aquellas legendarias familias argentinas terratenientes de la época del auge vacuno y triguero que, al llegar el invierno partían en transatlántico a Europa, con mucamas, niñeras y cocineras. Además, según contó alguna vez la propia Hormiga, era habitual que llevaran en el barco una vaca argentina para que los niños no extrañaran su leche de siempre.

Delia y Adán se casaron en Mendoza en 1916 y se dispusieron a iniciar una luna de miel de un año de duración. Sus progenitores les dijeron que podían viajar a donde quisieran. Pero en los recién casados existía una especie de rebeldía juvenil, un afán de llevar la contra.

Cuenta la Hormiga:

—Todos los matrimonios iban de luna a miel a Roma, París o Londres. Nosotros decidimos ir para el otro lado, al Pacífico. Cruzamos la cordillera en el transandino y llegamos en tren a Santiago. Después de dos o tres días nos aburrimos y viajamos en tren a Valparaíso. Queríamos tomar el vapor “Aysén”, que iba para Jamaica. De pronto cambiamos de opinión. No me preguntes por qué. En el hotel pedimos que nos trajeran un globo terráqueo, un tintero y una pluma. Adán me vendó los ojos, hizo girar el globo y me dijo que lanzara la pluma entintada. Donde caiga la pluma, ahí vamos a viajar. La mancha de tinta cayó sobre Alaska.

—No te puedo creer... ¿Y efectivamente se fueron a Alaska?

—Pero sí. ¿Qué te crees? Buscamos un barco que nos llevara hasta allá. No había ninguno que hiciera el viaje directo. Averiguando, averiguando, nos informaron de un velero que iba a Nueva York. El viaje tuvo una gran novedad. Fuimos al norte por el Océano Pacífico y atravesamos el canal de Panamá.

—¿Cuál era esa novedad?

—El Canal. Habían terminado de construirlo menos dos años antes. Al llegar, nos enteramos que Estados Unidos le había declarado la guerra a Alemania. Porque era la primera guerra mundial. No creas que eso nos preocupó mucho. La guerra, Europa, parecían muy lejanas. Cruzamos Estados Unidos en tren y en San Francisco tomamos otro barco de vela que iba a Canadá a buscar pieles. Desembarcamos en Vancouver y finalmente

seguimos viaje por tren hasta nuestro ansiado destino: Alaska. ¿Y sabes tú qué había en Alaska?

—No, sé. Muchas cosas, supongo. En el mapa se ve como una tierra inmensa, casi un continente.

—Sí, pero, ¿qué es lo que había en Alaska?

Delia se quedó mirando a Inés con esos ojos suyos tan expresivos, muy abiertos:

—En Alaska, Inés, no había nada.

—¿Cómo, nada?

—Nada de nada. ¡Nada!

Pasaron unos meses en aquella nada y luego, en otro barco, regresaron a San Francisco. Otra vez cruzaron Estados Unidos en tren y llegaron a Nueva York. Después volvieron a Argentina, una vez más viajaron a Francia, llevaron una vida inestable, cada vez más cargada de conflictos y tormentas.

—Era una situación insoportable. Cuando estuvimos en Mallorca, no se levantaba de la cama.

En Adán, que era ya un bebedor exagerado, se acentuó la afición al alcohol, a la que se agregó la morfina. Desarrolló celos patológicos. No quería que ella asistiera a clases de pintura en una academia y menos en el taller de algún pintor. A veces la despertaba para preguntarle con ojos de loco con quien estaba soñando.

Delia tenía una manera encantadora de relatar momentos de su vida:

—¿Sabes? Es que yo soy muy vieja. Cuando era una niña de 15 años, estudié canto en París. ¿Y quién crees que fue mi profesor de música?

—¿Quién?

—Jules Massenet.

—Pero es increíble. Ese es un músico del siglo XIX.

—¿Y de qué siglo crees que soy yo?

Contó que Massenet, como su profesora de canto, Mme. Trelat, la consideraban muy dotada. Tanto, que decidieron presentarla junto con sus discípulos más destacados en un concierto en la sala Gaveau de París. Delia entró al escenario con un vestido de tul y avanzó hasta el lugar que le habían indicado. En los palcos estaban el embajador de Argentina, su esposa y gran parte del personal diplomático, además de los más connotados y acaudalados argentinos de París. Debía interpretar un *lied* de Schumann del ciclo: *Frauen Liebe und Leben* (Amor y vida de mujer). Se sentía segura. Lo había ensayado muchas veces.

—¿Y sabes tú, Inesita, lo que ha pasado?

—No. ¿Qué?

—El pianista tocó los acordes iniciales y me dio la entrada. Abrí la boca y no salió nada. Ni el más mínimo sonido. El pianista repitió el preludio y de nuevo quise comenzar. Y de mi boca salió sólo silencio. Me había atacado el *trac*. El miedo escénico. Es algo que no se puede controlar, una cosa terrible. ¡Es el *trac*! Nunca más volví a cantar.

Separada de Adán, Delia continuó sus estudios de pintura y dibujo en Buenos Aires y más tarde en París con maestros como André Lhote y Fernand Léger. Hizo grandes amistades, con escritores y artistas, como Picasso, Aragon, Blaise Cendrars, Victoria Ocampo. Leyó *El Capital* de Marx, “como una novela”. Se sintió deslumbrada por el *Manifiesto comunista*. Ingresó al Partido Comunista Francés. Su visita a Madrid en 1934, donde encontró una sociedad tumultuosa, acogedora y contradictoria, cargada de fermentos revolucionarios, terminó de madurar su evolución política. Aquel año conoció a Rafael Alberti, María Teresa León, García Lorca y entabló una amistad para toda la vida con el escritor chileno Luis Enrique Délano y su esposa la gran fotógrafa Lola Falcón.

Entrenamiento de un hombre público

Los tres años y medio de exilio que pasó Neruda, inicialmente en México, luego en Europa, corresponden a un período de intensa actividad literaria y política. Conoció entonces a muchos de los más destacados artistas, escritores e intelectuales de mediados del siglo XX: Picasso, Paul Eluard, Aragon, Anna Seghers, Carlo Levi, Renato Guttuso, Konstantin Símonov. Reanudó su amistad con Ylia Ehrenburg, con quien se había encontrado durante la guerra civil española. Leyó sus poemas, que fueron traducidos y editados en una decena de países, ante las más diversas audiencias. Habló en asambleas y congresos por la paz, en mítines obreros, en reuniones de jóvenes, de mujeres, de veteranos de la guerra, de escritores. Se habituó a hablar en público, se vio sometido a un intenso entrenamiento, mejoró notablemente su oratoria, su manera de hablar y hasta su forma de emitir la voz.

Elaboró una forma de intervención pública original y muy diferente de los discursos políticos al uso. Partía siempre de una imagen y una experiencia concreta, haciendo referencia frecuente a los paisajes, a la historia y a las costumbres de Chile y del continente americano. La generalización de carácter político llegaba siempre al cabo de una especie de viaje imaginario, en el que las ideas surgían renovadas por un vocabulario de

gran riqueza metafórica y de imágenes. Nunca repetía un discurso. Elaboraba cada vez un nuevo texto, ceñido a las circunstancias y exigencias del auditorio. Con el tiempo adquirió una notable destreza en la improvisación.

Es cierto que en el Senado de Chile, del que formó parte menos de tres años, pronunció discursos notables por su calidad literaria. Como senador intervino también, en numerosas ocasiones, en actos públicos, en una época de frecuentes asambleas populares. Pero su estilo oratorio y la riqueza de la exposición de su pensamiento adquirió en los años de su exilio una calidad superior.

Sus amores con Matilde Urrutia fueron mucho más que un episodio ocasional. Llegaron en un momento de plenitud de su extraordinaria capacidad creativa. Renovaron sus energías y la frescura de su mirada al mundo. Originaron la notable poesía amorosa de *Versos del Capitán* y *Cien Sonetos de Amor*.

Este romance comenzó en el exilio y se proyectó, con escasas nubes, hasta la muerte del poeta. Comenzó en el tiempo de las certezas políticas, se desarrolló en el tiempo de las dudas, que tienen su punto de partida en *Estravagario*, y culminó en la visión desencantada del mundo que predomina en sus poemas finales.

Esta crónica es un intento de recrear la atmósfera de aquel tiempo, mediados del siglo XX, que ya parece lejano, en que Neruda “perdió a la Hormiga”, o fue perdido por ella.

REFERENCIAS

- Delogu, Ignazio: “Introduzione” a Pablo Neruda. En su *Poesie e Scritti in Italia*. Roma, 1981.
- Figueroa, Inés: Testimonio oral.
- Neruda, Pablo: *Obras Completas*. Edición al cuidado de Hernán Loyola. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1999-2002.
- Sáenz, Fernando: *Todo Debe Ser Demasiado*. Santiago: Editorial Sudamericana, 1997.
- Teitelboim, Volodia: *Neruda*. Santiago: Editorial Sudamericana, 1996.
- Varas, José Miguel: *Nerudario*. Santiago: Planeta, 1999. □